

EDITORIAL

Una de las dificultades más insidiosas y, cabe decir, más ficticias que plantea la elaboración de una revista de estética y teoría de las artes viene determinada, entre otros factores, por lo que podría denominarse el problema de los límites. ¿Resulta realmente posible emprender un análisis de cuestiones, por así decirlo, estéticas sin rebasar de alguna forma las fronteras siempre imprecisas de esa disciplina? Y, en caso de renunciar a hacerlo, ¿no supondría ello una imperdonable renuncia a confrontarse con implicaciones muchas veces imprescindibles para la comprensión del objeto de la reflexión? En realidad, para “Fedro” lo que convencionalmente se entiende como “estética” se configura como un “pretexto-a-partir-de”, como un vehículo metodológico, como un recurso más en el replanteamiento estrictamente filosófico de la realidad. Así ha sido siempre en la historia del pensamiento y así lo han entendido, desde posiciones filosóficas muchas veces muy alejadas, todos los grandes pensadores que se han ocupado de problemas estéticos. El caso del Schelling, de cuya *Filosofía del arte* se ocupa en la sección “Pasajes” de este número la profesora Cinta Canterla, es en este sentido paradigmático. Como él mismo afirma en esa obra capital de la reflexión estética: “filosofía del arte es la esencia del todo en la forma o potencia del arte”.

Muchos de las colaboraciones que llegan a nuestra redacción parten de planteamientos aparentemente estéticos para aventurarse en cuestiones y problemas que podrían inscribirse en otros territorios de la reflexión filosófica. La obra de arte, la apreciación de lo bello, la producción de objetos con pretensiones significativas...contienen en sí mismos enigmas muchas veces indescifrables, pero nos remiten finalmente al mundo en el que nacen y, más allá de éste, al medio en el que ese mundo se hace posible. Dimensionar una manifestación de la creatividad humana implica reconocer tanto su eternidad como su contingencia, sus pretensiones de absoluto tanto como sus inevitables transacciones (o transiciones) con el tiempo en el que hablan y al que le hablan. Nuestra única exigencia, en este sentido, es que esa reflexión sea genuina y que logre trascender de alguna forma el vacío formalismo en el que muchas veces se acomodan las aproximaciones “críticas” más convencionales a la obra de arte.

La admiración, como viera Aristóteles, tiene que ser el principio del pensamiento, no una mera gimnasia de la sensibilidad.

Por razones ajenas a nuestra voluntad no hemos podido incluir en este número la sección “Erótemas”, en la que conversamos sobre diversas cuestiones con alguno de nuestros más relevantes pensadores. Prometemos, no obstante, retomar esta sana costumbre en el próximo número, aprovechando la celebración en Sevilla del Congreso “El Factor Humano”, en el que se darán cita algunas de las figuras más prestigiosas de nuestro panorama filosófico.

Para terminar, nos queda únicamente reiterar que “Fedro” pretende ser un espacio de participación completamente abierto a los flujos actuales de la reflexión estética. Ello significa que sus vínculos con la Universidad no se configuran como un pretexto para discriminar aportaciones que procedan de más allá de sus fronteras. El único pasaporte que exigimos es el nivel de calidad de las aportaciones. Más allá de ello todo es, como diría el poeta, humo que confunde la mirada.